

Historia del Antiguo Testamento

Deténgase a pensar por un momento en este sorprendente volumen que llamamos “La Biblia”. Tres grandes religiones - el cristianismo, el judaísmo, y el islam -afirman que la Biblia, o porciones de ella, son sagradas, y el cristianismo sostiene que la Biblia es el *único* libro sagrado. Los cristianos afirman que la Biblia es la Palabra de Dios para todos las edades, incluyendo la nuestra. Por eso la estudiamos y tratamos de comprenderla mejor con cada nueva generación. Para obtener algo más que un ~nocimiento superficial de la Biblia, debemos buscar una idea clara de la historia que allí se recoge.

Es conveniente estudiar el Antiguo Testamento en cuatro secciones: (1) desde la Creación hasta Abraham, (2) desde Abraham hasta Moisés, (3) desde Moisés hasta Saúl, y (4) desde Saúl hasta Cristo.

“Hay *un solo* tema central que. . . transcurre a lo largo de todas las historias del Antiguo Testamento”, dice William Hendriksen. “Ese tema es el Cristo por venir.” Conviene tener esto en cuenta a medida que analizamos cada sección del Antiguo Testamento.

DESDE LA CREACION HASTA ABRAHAM

Dios le reveló a Moisés cómo había creado todas las cosas, y Moisés describió la creación en el Génesis, el primer libro de la Biblia. De acuerdo al Génesis, Dios hizo el mundo y todo lo que hay en él, en el espacio de seis días, y lo declaró “bueno en gran manera”. El séptimo día descansó de su creación. Los estudiosos de la Biblia no están de acuerdo acerca de la duración de estos días, o si fueron en realidad períodos de tiempo.

Los cristianos tampoco están de acuerdo acerca de la *fecha* de la creación. Las listas con las generaciones se podrían saltar nombres, como siélen hacer otras genealogías, de modo que muchos estudiosos creen que no es posible sumar las edades de las personas mencionadas para obtener de ellas la cantidad de años en que transcurre la historia del Antiguo Testamento. La cifra así obtenida podría ser extremadamente pequeña. También hay otras dificultades para determinar las fechas de la creación; dificultades demasiado complejas para analizarlas aquí.

Después que Dios creó al hombre (Adán), lo colocó en un jardín llamado Edén. Allí Dios ordenó al primer hombre y a la primera mujer (Eva) que lo adoraran y que gobernarán la tierra. (Se suele llamar a esto “el mandato cultural”.) Dios ordenó al hombre y a la mujer no comer el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. Si lo hacían, sabrían lo que significaba participar de pecado, y la vida armoniosa que disfrutaban en el Edén les sería quitada.

Uno podría pensar que Adán y Eva no tendrían problema para obedecer esta norma, pero alguien más entró en escena: Satanás, el que dirige a los espíritus malos que conspiran contra Dios y tratan de derrotarlo. Satanás se convirtió en serpiente; sus mentiras sedujeron a Eva, quien comió del fruto prohibido, y ésta fue luego seguida por Adán. Ambos pecaron contra Dios. En vez de vivir en armonía con Dios, comenzaron una vida de pecado y de angustia, y se alejaron de su favor.

Dios les prometió a Adán y a Eva que mandaría un Redentor (que también recibe el nombre de Salvador, o Mesías), quien destruiría a Satanás y restauraría la correcta relación entre el hombre y Dios (Génesis 3:15). La Biblia nos relata de qué manera Dios llevó a cabo este plan de salvación. Por supuesto, como se centra en ese aspecto de la historia del mundo, no podemos pedirle que nos diga todo lo que ocurrió en los tiempos antiguos. Registra sólo aquello que necesitamos saber acerca de la historia de la redención.

Varias cosas importantes sucedieron desde la época de Adán hasta la de Abraham, “padre de todos los que creen” (Romanos 4:11). Por ejemplo, el primer crimen: Adán y Eva tuvieron muchos hijos e hijas (Génesis 5:4), pero la Biblia nombra sólo dos porque son importantes para la historia de la redención. Eva creía que su primer hijo, Cain, sería el que destruiría a Satanás y los libraría de la maldición del pecado y de la muerte (Génesis 4:1), pero Cain mató a Abel en un acto de envidia. Dios lo castigó, obligándolo a alejarse de la comunidad de las personas que servían a Dios. (Sabemos que Adán y Eva siguieron adorando a Dios porque sus hijos le ofrecían holocaustos [Génesis 4:3-5], y el Nuevo Testamento llama a Abel “justo” [Hebreos 11:4].) Sin embargo, Dios no quiso que Cain cargara con todo el castigo de su pecado; puso una marca sobre su frente para que el resto de la gente supiera que El no quería que nadie lo matara. No sabemos a ciencia cierta cómo era esa marca puesta por Dios, pero que debió de haber sido claramente visible para otras personas.

Luego Dios les dio a Adán y Eva un tercer hijo, Set, en lugar de Abel. El Redentor del mundo vendría por medio de la familia de Set.

Ahora bien, ¿qué pasó con la familia de Cain? La Biblia nos muestra que el hijo de Cain, Lamec, heredó las malas inclinaciones de su padre (Génesis 4:19-24). Lamec se jactaba de no necesitar la protección de Dios, porque podía usar su propia espada (Génesis 4:23, 24). Rechazó las normas sagradas de Dios para el matrimonio y tomó más de una mujer. Más aún, tenía una opinión tan baja de la vida humana, que mató a un hombre por el solo hecho de que éste lo golpeó.

La maldad se extendió a toda la humanidad (Génesis 6:1-4). La Biblia nos dice que durante esta época vivían gigantes (o también “hombres de renombre”), pero su vida espiritual no corría pareja con su estructura física.

Dios envió una tremenda inundación para castigar a la humanidad pecadora, y éste fue el suceso más importante de dicho período de la antigüedad. Sin embargo, Dios protegió la vida de Noé y su familia por medio del arca (un barco grande de madera), con el objeto de poder guardar su promesa de redimir la humanidad. Muchos cristianos están actualmente convencidos de que el diluvio cubrió toda la tierra. Según 2 Pedro 3:6, “. . . el mundo de entonces pereció anegado en agua”. Gleason L. Archer muestra detalladamente en su obra, que el arca era lo suficientemente grande como para contener a todas las variedades de animales que existen en la actualidad. Si esto es así, entonces ciertamente pudo haber contenido todas las variedades de vida animal que había en tiempos de Noé. Observe que Dios mandó al arca los animales limpios de siete en siete (Génesis 7:2), y los animales impuros de dos en dos (Génesis 7:15).

Después del diluvio, Dios estableció la pena de muerte para los homicidas, y designó agentes humanos para que fueran los que la ejecutaran (Génesis 9:20-29). Este maldijo a Canaán debido a su falta de respeto por su padre Noé (Génesis 1 - 7). También puso un arcoiris en el cielo para recordarles a los suyos que nunca destruirá a toda la humanidad con agua (Génesis

8:13-17).

No obstante, inmediatamente después del diluvio, Canaán (o Cam), hijo de Noé, pecó contra Dios (Génesis 9:20-29). Este maldijo a Canaán debido a su falta de respeto por su padre Noé (Génesis 9:25).

Luego habló por boca de Noé, y describió el curso de la historia futura. Anunció que un descendiente de Sem habría de traer la salvación al mundo, y que los descendientes de Jafet participarían en esa salvación. La familia de Jafet se extendió por el norte y llegó a ser progenitora de los gentiles del Nuevo Testamento (Génesis 10:2).

Una cosa más sucedió antes de que apareciera Abraham en escena. Los orgullosos habitantes de las ciudades intentaron llegar hasta el cielo por medio de la edificación de una torre en Babel (Génesis 11). Dios condenó su arrogancia, haciendo que se dividieran en diferentes lenguas, obligándolos a vivir en diferentes lugares (Génesis 10:4; cf. 9:1). Esta parece haber sido la forma en que surgieron las grandes familias lingüísticas en el mundo.

¿Qué es lo que nos dice todo esto? Claramente, que el mal continuó aumentando desde los días del diluvio hasta Abraham. Sabemos que durante este periodo los hombres adoraban a muchos dioses (1osué 24:2; cf. Génesis 31:29-31), y que la inmoralidad cundía sin freno. De modo que Dios, quien deseaba salvar a la humanidad, decidió comenzar de nuevo por medio de una familia. Por medio de ella serían “benditas todas las familias de la tierra”.

Desde Abraham hasta Moisés

Dios eligió a la familia de Abraham para traer bendición al resto de la humanidad. Abraham vivía en la ciudad de Ur (la capital de la antigua Sumer). Alrededor del año 2000 a.C., Dios llamó a Abraham y le ordenó dejar la casa de su padre para ir a una tierra nueva. La Biblia nos detalla los pasos de Abraham desde Ur hasta Harán (norte de Palestina), pasando por Palestina, hasta llegar a Egipto, y luego de regreso a Palestina. Dios le prometió a Abraham darle un hijo, cuyos descendientes, a su vez, se convertirían en una gran nación. También le prometió hacer que su descendencia fuera una bendición para todas las naciones (Génesis 12:2, 3; 17:1-6). Al comienzo Abraham creyó lo que Dios le decía, pero luego dudó de que cumpliera con lo prometido, y trató de obligar a Dios a aceptar la decisión que él tomara por su propia cuenta. Así, cuando Dios no le dio un hijo con la De Moisés a Saúl

Después de esto, la Biblia se centra en Moisés (ca. 1526-1406 a.C.), que ocupa un lugar decisivo en la historia de la redención. Los descendientes de Jacob tuvieron tantos hijos, que los faraones comenzaron a temer que pudieran dominar el país. De modo que un nuevo faraón los obligó a ser esclavos, y ordenó que todos los hijos varones de entre los israelitas fueran matados. La madre de Moisés lo colocó en una canasta de mimbre y lo dejó flotando en el río, cerca del lugar donde solía ir a bañarse la hija del faraón. Cuando la princesa halló al bebé, se lo llevó al palacio para criarlo como su hijo adoptivo. La madre de Moisés se convirtió en su nodriza, y es probable que se haya hecho cargo de él hasta bastante después de quitarle el pecho (Exodo 2:7-10).

Cuando Moisés todavía era joven, comenzó a sentir pena por su pueblo, y deseaba sacarlos de la esclavitud (Exodo 2:11; Hechos 7:24-25). Cuando llegó aproximadamente a la edad de cuarenta años, vio cuando un egipcio castigaba a un israelita. Indignado, lo mató. Temeroso de que el faraón lo castigara con la muerte, huyó al desierto de Madián (Exodo 2:14, 15). Allí se casó con una de las hijas de Jetro (a quien también llamaban “Reuel”), un sacerdote pagano. Aceptó cuidar sus rebaños (Exodo 2:16-21).

Después de unos cuarenta años, Dios le habló a Moisés desde una zarza que ardía, pero que no llegaba a consumirse. Le ordenó regresar a Egipto, y dirigir a los israelitas para que regresaran a Palestina, la tierra que El le había prometido a Abraham. Moisés no se sentía capaz de hacerlo, y puso muchas excusas para no ir, pero Dios contestó cada una de ellas, y le dio el poder necesario para obrar los milagros que inducirían a los israelitas a seguirlo. Le reveló su nombre santo, YHWH (que se suele traducir por “Jehová”). Moisés trató de excusarse diciendo, “soy torpe de labios...”, tal vez refiriéndose a algún defecto que tuviera en el habla. De modo que Dios envió a Aarón, el hermano de Moisés, para que lo acompañara y tradujera las cosas que Moisés debía decir (Exodo 7:1).

Moisés y Aarón persuadieron a los israelitas de que debían seguirlos, pero el faraón rehusó dejarlos salir de Egipto. Entonces Dios mandó diez plagas terribles sobre Egipto, con el objeto de que cambiaran el corazón del faraón (Exodo 7:17 - 12:36). La última plaga causó la muerte de todos los primogénitos en aquellos hogares cuyas puertas no habían sido marcadas con sangre. Como el pueblo de Israel había obedecido la orden de Dios, el ángel de la muerte no tocó a ninguno de los primogénitos de Israel. (Dios ordenó a los israelitas que conmemoraran este suceso en una fiesta anual que actualmente recibe el nombre de “pascua”.) La plaga de la muerte hizo que el faraón capitulara y les permitiera a los israelitas que regresaran a su tierra de origen, pero apenas partieron, el faraón cambió de idea. Envío a su ejército para que hiciera volver a los israelitas.

Dios condujo a su pueblo en dirección al mar Rojo, en donde partió las aguas, y los hizo pasar por tierra seca. Varios estudiosos de la Biblia, entre ellos León Wood, calculan que este acontecimiento tuvo lugar alrededor del año 1446 a.C.

Moisés condujo al pueblo desde el mar Rojo hasta el monte Sinaí. En su marcha, Dios les concedió que pudieran comer milagrosamente pan y codornices. En el monte Sinaí, le reveló a Moisés las leyes y las normas sociales que convertirían a los israelitas en una nación santa. Entre ellas estaban los Diez Mandamientos.

Desde el Sinaí, Dios condujo a su pueblo a Cades, desde donde enviaron espías a la tierra de Palestina. Los espías volvieron con la noticia de que la tierra era rica y fértil, pero que estaba llena de gigantes. La mayoría de ellos creía que los gigantes los destruirían si intentaban tomar posesión de la tierra. Sólo dos de ellos, Josué y Caleb, creyeron que valía la pena luchar para poseerla. Los israelitas escucharon la advertencia poco alentadora de los espías que constituían mayoría, y se alejaron de Palestina. Dios los condenó a vagar en el desierto por cuarenta años, por no haber confiado en El.

Cuando terminaron su peregrinaje, acamparon en las llanuras de Moab. Aquí Moisés habló con ellos por última vez, y sus palabras están registradas en el Deuteronomio. Le entregó el liderazgo a Josué. Luego les dio a los israelitas las instrucciones finales, y terminó con un cántico de alabanza a Dios. Observe que Moisés no pudo entrar en la Tierra Prometida por haber

desobedecido en Meriba (Números 20:12). Después que se despidió de los israelitas, Dios lo condujo hasta la cima del monte Nebo, para que pudiera ver la tierra donde iban a entrar. Fue allí donde murió.

Josué dio pruebas de ser un líder muy hábil del ejército de Israel durante la batalla contra Amalec (Exodo 17:8-16). Ahora Dios usaba a Josué para que condujera al pueblo de Israel durante sus conquistas, hasta asentarse en la Tierra Prometida. Había sido uno de los espías que habían explorado primero la tierra de la promesa. Por haber confiado en que Dios les daría la tierra, Josué y Caleb fueron los únicos adultos de su generación a quienes Dios permitió que entraran en ella. Todos los demás murieron en el desierto.

De modo que Moisés le ordenó a Josué que tomara su lugar, y anunció que Dios entregaría la tierra de Palestina en manos de él. Después de la muerte de Moisés, Dios le habló a Josué, y lo alentó a que permaneciera fiel a su llamado (Josué 1:1-9).

La monarquía unida

En su juventud, Saúl parecía ser un hombre de gran humildad y dominio propio, pero a medida que pasaron los años su carácter fue cambiando. Se convirtió en un hombre obstinado, desobediente a Dios, celoso, lleno de odio y supersticioso. Su antipatía se centró en David, un joven combatiente que había matado al gigante Goliat, y a quien Saúl había llamado para que lo sirviera como músico de la corte. Muchas veces intentó matarlo, porque sentía celos de su popularidad (1 Samuel 18:5-9; 19:8-10).

Sin embargo, Dios había elegido secretamente a David para que fuera el siguiente rey, y le había prometido que su reino quedaría en su descendencia para siempre (1 Samuel 16:1-13; 2 Samuel 7:12-16). No obstante, Saúl continuó siendo rey por muchos años.

Después de la muerte de Saúl, el rey David llevó a Jerusalén el arca del pacto (cf. Deuteronomio 12:1-14; 2 Samuel 6:1-11).

El arca era un cajón de madera en el que estaban guardadas las tablas de piedra en las que Dios había escrito los Diez Mandamientos, los israelitas las habían llevado consigo durante todos los años de su peregrinaje en el desierto, y las consideraban sagradas. David las hizo llevar a su capital, para que Jerusalén se convirtiera en el centro espiritual de la nación, así como era su centro político.

David tenía aquellas cualidades que el pueblo deseaba: habilidad militar, intuición política, y un profundo sentido del deber religioso. Logró llevar a la nación a un nivel de poder y seguridad como jamás había gozado antes.

A pesar de esto, era sólo un hombre, y tenía debilidades como cualquiera. Comenzó a pensar en la posibilidad de tener un harén, como los que poseían otros reyes, y dispuso las cosas de modo que un oficial de su ejército fuera muerto en la batalla, para así poder casarse

con su esposa, a quien ya había seducido. Hizo tomar un censo de los hombres de Israel, porque ya no confiaba en Dios para obtener las victorias militares, sino que sólo confiaba en la fuerza de su ejército; de modo que, cuando pecó contra Dios, todo el pueblo pagó las consecuencias.

El rey que sucedió a David fue su hijo Salomón. A pesar de la legendaria sabiduría de Salomón, éste no siempre vivió con prudencia. Llevó a cabo el plan político de su padre David, y fortaleció su dominio sobre los territorios que su padre había conquistado. Era un economista sagaz e hizo convenios comerciales que trajeron gran riqueza a Israel (1 Reyes 10:14, 15). Dios también se valió de Salomón para edificar el gran templo de Jerusalén (cf. Deuteronomio 12:1-14). El estilo suntuoso de vida que llegó a desarrollar Salomón, aumentó la carga de los impuestos sobre el pueblo. Heredó la inclinación de su padre a poseer mujeres, y llevó a cabo arreglos comerciales con reyes extranjeros que comprendían “casamientos políticos”. Esto trajo como resultado que tuviera un harén de esposas de muchos países extranjeros (1 Reyes 11:1-8). Estas esposas paganas lo sedujeron para que adorara a dioses extraños, y no pasó mucho tiempo antes que instituyera sus ritos y ceremonias en la misma Jerusalén.

La monarquía dividida

Después de Salomón, la suerte de Israel comenzó a decaer. La nación se volvió en contra de Dios y de sus mandamientos. Dios podría haber destruido a Israel; pero no lo hizo, porque todavía tenía el propósito de usar la casa de David para traer al Redentor que habría de salvar al mundo de sus pecados. Había prometido levantar este redentor de la familia de Abraham, y debía cumplir su promesa.

Cuando murió Salomón, Israel se enredó en una sangrienta guerra civil en la que los hijos de Salomón y los generales de su ejército se disputaban el trono. Roboam contaba con la bendición de su padre para hacerse rey; pero su rival Jeroboam ejercía mayor poder sobre los jefes militares del país. Al final, Roboam tomó autoridad sobre la región sur de aquella tierra y la llamó Judá. Jeroboam instaló su propio gobierno en la mitad septentrional y retuvo el nombre de Israel. Cada uno reclamaba para sí el haber sido el rey elegido por Dios.

Observe la tabla que cubre este periodo, y podrá ver a los principales líderes de Israel y de Judá, incluyendo a los profetas mayores. En el primer cuadro (Figura 1) aparecen los nombres de los que gobernaron a Israel y a Judá en cada generación. En el otro cuadro (figura 2) se muestra qué es lo que estaba pasando en otras allí no se le terminaron las provisiones y cuando murió su hijo, Elías lo volvió a la vida.

Luego el profeta regresó para enfrentarse nuevamente al rey Acab y le dijo que debía convocar a todos los profetas de Baal, el dios pagano a quien Jezabel, esposa de Acab, adoraba, para que se encontraran con él en el monte Carmelo. Allí Elías los desafió, para probar cuál de los dioses era el más fuerte. Le pidió a Dios que mandara fuego del cielo, para que consumiera un sacrificio dispuesto con troncos embebidos en agua, y Dios lo hizo. Entonces mandó matar a todos los sacerdotes de Baal (cf. Deuteronomio 13:5). Luego clamó a Dios para que cesara la sequía, y Dios envió un gran aguacero. Elías estaba tan contento, que se adelantó corriendo delante del rey y su carruaje, hasta llegar a las puertas de Jezreel.

No obstante, las amenazas de Jezabel contra su vida depusieron a Elías y le hicieron sentir temor, de modo que le pidió a Dios que lo hiciera morir. En lugar de eso, Dios envió ángeles para que lo sirvieran, y le ordenó que se ocupara de ungir a dos

futuros reyes, y también a un sucesor para él mismo. Elías obedeció y nombró a un hombre de campo llamado Eliseo para que fuera el nuevo profeta.

Se enfrentó nuevamente a Acab, condenándolos a él y a Jezabel por asesinar a su vecino Nabot con el solo deseo de apropiarse de su viña. El rey mandó dos compañías de soldados para apresar a Elías, pero éste pidió fuego del cielo para destruirlos. Una vez más anunció al rey que le sobrevendría la ruina.

Poco después, Elías y Eliseo salieron a caminar juntos, mientras discutían los problemas que enfrentaba la nación. Cuando llegaron al río Jordán, Elías dividió las aguas golpeándolas con su manto (o capa). Con toda calma caminaron hacia la otra orilla, como si lo hubieran hecho todos los días. Mientras conversaban en la ribera del río, un carruaje de fuego descendió del cielo. Levantó a Elías y lo llevó en un torbellino, mientras su capa caía sobre Eliseo.

El segundo personaje sobresaliente de la época de la monarquía dividida, fue Eliseo. Fue semejante en muchos aspectos a su maestro. Ambos partieron las aguas del río Jordán, hicieron que lloviera en tiempos de sequía, aumentaron las provisiones de una viuda, devolvieron la vida a un niño, hicieron milagros delante de los gentiles, condenaron reyes, y destruyeron a sus enemigos mediante una fuerza sobrenatural. También hubo diferencias entre ellos. Antes que Elías fuera llevado al cielo, este oró para que Eliseo tuviera una doble porción de su espíritu. Sin duda, esto tuvo algo que ver con las diferencias que hubo entre los dos hombres. Mientras que Elías cayó varias veces en estados de depresión, Eliseo tuvo una actitud continua de triunfo y de confianza. Parecía como si nunca se quejara, ni perdiera el valor. Las Escrituras muestran que hizo más milagros que ningún otro profeta del Antiguo Testamento (p.e., 2 Reyes 4:38 - 5:19).

Isaías, Jeremías, Amós, Oseas, Miqueas, Ezequiel y otros profetas, advirtieron a Israel y a Judá que Dios castigaría su maldad. Isaías y Ezequiel también tuvieron mensajes de consuelo para ellos, después que fueron llevados al cautiverio. Dios usó a estos hombres como sus santos voceros durante este período crítico de la historia de su pueblo.

Desde el exilio hasta el regreso

El pueblo judío fue llevado más de una vez al cautiverio, de modo que cuando hablamos del “exilio”, deberíamos aclarar a cuál de ellos nos referimos. Los asirios conquistaron en dos oportunidades al reino del norte (Israel). El reino del sur (Judá) fue conquistado una vez por Asiria y tres veces por Babilonia. En cada oportunidad, los conquistadores se llevaron muchos cautivos. La mayoría de las veces, cuando hablamos del “exilio”, nos estamos refiriendo a la cautividad de Judá bajo el poder de Babilonia, que duró 70 años.

Hablando en términos religiosos, la cautividad babilónica tuvo tres fases sucesivas: una de esperanzas poco realistas (cf. Jeremías 29; Ezequiel 17:11-24); otra fase de esperanza más humilde y real cuando Dios usó a Ezequiel para consolar a su pueblo (Ezequiel 36 - 38); y otra de esperanza renovada, durante el tiempo de Daniel. Los judíos regresaron del exilio en dos etapas: un grupo volvió al mando de Sesbasar y Zorobabel (Esdras 1:8 - 2:70). El segundo fue guiado por Esdras y Nehemías (Esdras 8:1-14). Exactamente como lo había predicho Isaías (Isaías 44:28 - 45:1), Dios levantó un bondadoso rey pagano - Ciro de Persia - que les permitió a los judíos volver a Palestina. La gente que se había apropiado del lugar trató de arruinar sus planes; pero los judíos lograron reedificar el templo en Jerusalén y así volvieron a radicarse en su tierra. Los profetas Zacarías y Hageo alentaron al pueblo en esta tarea, pero al final de este período, Malaquías debió condenarlos por volver a recaer en sus malos caminos.

El período intertestamentario

No siempre está claro qué fue lo que pasó durante los cuatrocientos años que transcurrieron desde que escribió Malaquías hasta que nació Jesús. Se le llama a esta época el “período intertestamentario” porque en este lapso se terminó el Antiguo Testamento y se comenzó a escribir el Nuevo.

Sabemos que la nación de Israel ya restaurada tuvo serios reveses políticos durante esta época. Después que Alejandro Magno conquistó el Imperio Persa, los príncipes y generales griegos se disputaron entre ellos el derecho de gobernar el Cercano Oriente. El rey seléucida Antioco III sustrajo a Palestina del poder de los egipcios en el año 198 a.C. y trató de convertirla en base de un nuevo imperio oriental, pero no era rival suficiente para las legiones romanas, las cuales derrotaron a su ejército en el año 190 a.C. y lo convirtieron en un gobernante títere, bajo la cadena de mando romana.

La familia de los Macabeos (descendientes del sacerdote Matatías) comenzó una guerra civil en contra del gobierno seléucida, y capturó a Jerusalén en el año 164 a.C. No lograron desalojar a los seléucidas de su territorio hasta el año 134 a.C. En esa fecha, Juan Hircano, uno de los integrantes de la familia Macabea, estableció su propia dinastía, conocida por el nombre de asmonea. Gobernaron hasta el año 37 a. C., fecha en la que Roma colocó la dinastía herodiana como nuevo gobierno ~títere de Palestina.

Los libros 1 y 2 de Macabeos describen la revuelta de los Macabeos y el caos que vivió Palestina hasta el tiempo de los asmoneos. La iglesia católica incluye estos libros y también otros escritos del período intertestamentario en sus Biblias. No así los protestantes, aunque la traducción de los mismos suele aparecer en algunas versiones protestantes de la Biblia.

El Antiguo Testamento pinta un cuadro interesante de las relaciones de Dios con el hombre; pero no nos da la historia total del plan de Dios para redimir a los hombres del pecado. El Nuevo nos lleva a la cumbre de la obra redentora de Dios, porque nos presenta a Jesucristo, el Mesías, y el comienzo de su iglesia.